

¿Reforma o revolución?

"La huelga de masas"
en el primer debate socialista internacional
(1898-1905)

Francesc Bonamusa

El 19 de agosto de 1991 el Presidente de la Federación rusa declaraba la huelga general frente al golpe de Estado que pretendía acabar con la política de la *Perestroika* impulsada por los sectores reformistas encabezados por el Presidente de la Unión Soviética, Mijail Serguievich Gorbachev. Se trataba de paralizar el país en señal de protesta ante la posibilidad de una involución en el proceso de democratización iniciado en la Unión Soviética. No hubo dudas ni mixtificaciones en el lenguaje. Se trataba de una huelga general *política* en defensa de unos derechos adquiridos. Se hallaba en la tradición del socialismo histórico y era bien acogida por los regímenes occidentales de libre mercado. Ahora bien, sin el apoyo de las diversas organizaciones sindicales y ciudadanas la huelga no tenía ninguna posibilidad de éxito.

La huelga general del 14 de diciembre de 1988 en España, declarada por los sindicatos contra la política económica del gobierno, era también una huelga política y defensiva. Podía ubicarse, también, en la tradición histórica del socialismo. Sin embargo, en este caso, el partido socialista estaba en el gobierno y a la huelga se añadían sectores sociales y políticos de la oposición de derecha. Ello significó asistir a un espectáculo de magia. Las descalificaciones entre sectores de la misma orientación socialista adquirieron categoría de táctica política. Los que se hallaban en la órbita del gobierno acusaban a los sindicatos de pretender derribar al gobierno y algunos incluso de promover una revolución social. Para los sindicalistas, la huelga no era tal, ni por supuesto política, sino que se trataba de un

paro general contra unas directrices económicas. Estas simples reflexiones sugieren la existencia de un predominio de la práctica política respecto a cualquier análisis o debate en profundidad respecto al uso de la huelga general. Descartada la idea anarquista de la *huelga general*, es necesario advertir que en el marco del socialismo histórico se produjo, en todo momento, una división entre el debate teórico y la práctica política; y la huelga general se planteó como un instrumento político popular de defensa y reivindicación política y social.

Este sencillo análisis me ha llevado a presentar un trabajo de reflexión y de síntesis en dos frentes. En el primero para tratar las relaciones entre sindicato y partido, y el de ambos respecto a la utilización de la huelga general. De cómo en el movimiento socialista, a pesar de los principios programáticos, la práctica política impuso la fuerza de los sindicatos. En el segundo, la utilización de este instrumento, la huelga general, por los partidos socialistas para reformar una sociedad capitalista que según sus programas, y durante muchos años, debería ser suprimida para conseguir la completa emancipación de los trabajadores; y de cómo el mejor medio para reformar esta sociedad consistía en la lucha por el sufragio universal, igual, directo y secreto.

A finales del siglo XIX y durante los primeros años del siglo XX las huelgas generales se extienden por los diversos países europeos. Muchas de ellas tienen como objetivo, por parte del partido político, la conquista del sufragio universal; a pesar de que en gran parte de las ocasiones se inician y van acompañadas de reivindicaciones económicas y laborales. Asimismo, en muchos casos, es difícil establecer una separación entre fuerzas liberales radicales, democráticas, anarquistas y socialistas y, sólo en alguna ocasión, se enmarca en un proceso abiertamente revolucionario (Rusia, 1905). La huelga general o huelgas de gran extensión territorial o profesional son proclamadas en Bélgica (1893, 1902, 1912, 1913), Austria (1896, 1905), Francia (1898, 1906, 1910), España (Barcelona, 1902; 1917), Suecia (1902, 1909), Holanda (1903), Italia (1904), Alemania (1905), Rusia (1905). Todo ello sin olvidar que, después de los debates en la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fue en Estados Unidos donde resurgió el tema de la huelga general, a raíz de la lucha por la jornada de las ocho horas y el 1 de mayo de 1886.

Estas consideraciones son las que me han conducido a tratar el tema de la huelga general o huelga política de masas, como la califican los socialistas, durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Es cuando tienen lugar dos procesos importantes respecto a su uso y eficacia como medio político de lucha de los trabajadores: las más duras batallas entre sindicatos y partido en Alemania y Fran-

cia y las primeras huelgas generales en pro del sufragio universal en Bélgica y Austria.

1. Partido y sindicato ante la huelga general

A partir del tema de la huelga general surge con dureza una de las cuestiones elementales en la historia de las organizaciones obreras, la de la relación o enlace orgánico entre un partido y un sindicato; con más complejidad si ambos tienen una misma orientación socialista.

Se trata de una cuestión directamente relacionada con la problemática de los vínculos entre la lucha política y la lucha económica, debatida ampliamente desde los tiempos de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT).

En el reglamento provisional de la AIT, presentado en 1864, y en el definitivo y oficial de 1871, se afirma que “la emancipación económica de la clase obrera es el gran objetivo al que todo movimiento político debe estar subordinado como medio”¹. Este apartado dio lugar a interpretaciones distintas, como tantos otros pasajes de los documentos de la AIT, entre socialistas marxistas y anarquistas. Sin embargo, en la Conferencia de Londres (septiembre de 1871) se aprobó una resolución *sobre la acción política de la clase obrera*, en la que, de forma explícita, se insiste en la necesidad por parte de la clase obrera de crear un partido político propio, indispensable para el triunfo de la revolución social; y que la lucha económica a realizar debía ir indisolublemente ligada a su acción política².

Esta resolución, como la propia Conferencia de Londres, llevaba la impronta de Marx y en ella la AIT llegaba a su cenit e iniciaba su declive. La Comuna de París; la creación de un partido socialdemócrata alemán; las nuevas posibilidades que los trabajadores adquirirían, con la extensión de sus derechos políticos, les descubrían el camino hacia la lucha por el sufragio universal y la utilización de los recursos electorales y parlamentarios. Para todo ello el mejor instrumento social era un partido político.

De hecho, como afirma Miklós Molnár, “la era de los partidos socialdemócratas, esos partidos de masa que, hasta la guerra de 1914, dominaron al movimiento obrero en Europa occidental, se remonta

¹ FHEYMOND, T.: *La Primera Internacional*, 2 tomos: tomo 1, p. 54; tomo 2, p. 285. Madrid, 1973.

² La resolución completa puede consultarse en FHEYMOND, I.: *op. cit.*, tomo 2, pp. 274-275.

(...) a la Primera Internacional, que los alumbró, y cuyo parto la mataría" ³.

La creación de partidos socialistas entre 1880 y 1890 reviste la forma de separación explícita, o fáctica, de los socialistas respecto de los anarquistas. Esta separación se realiza en el seno de la Segunda Internacional, entre 1893 y 1896 Y se produce, sobre todo, por la decisión socialista-marxista de promover una acción política. Por otra parte, la línea divisoria respecto a otras tradiciones revolucionarias, radicales, democráticas y socialistas es imprecisa.

Además, la socialdemocracia alemana tendrá una influencia importante y continuada en Europa. En los primeros programas de los partidos socialistas europeos advertimos una subordinación de los objetivos económicos a los políticos; de las reivindicaciones económicas a las políticas. Todos ellos siguen la pauta expresada por los alemanes. En el programa de Eisenach (agosto de 1869) se afirma que *la libertad política es la precondition indispensable para la liberación económica de las clases trabajadoras. La cuestión social es indispensable de la política; su solución está condicionada por la solución de esta última y es posible sólo en el Estado democrático.*

En efecto, los programas de Eisenach, de Gotha (1875) y de Erfurt (1891) influirán en la elaboración de los primeros programas del Partido Obrero Francés (1880), del Partido Socialista Obrero Español (1886) o del Partido de los Trabajadores Italianos (1892); por no citar los del Partido Socialista austríaco y los de otros partidos del este europeo y de los países balcánicos. En todos ellos advertimos una subordinación de los objetivos económicos a los políticos.

Los diversos partidos socialistas entienden, mientras no han accedido al poder, que los sindicatos, en el sistema capitalista, son organismos de resistencia y de reivindicación económica y social. Sin embargo, las primeras y fundamentales acciones de éstos son básicamente políticas: la lucha por su reconocimiento institucional; por los derechos de asociación, de reunión, de manifestación y de huelga.

Este es un primer problema que se añade a la teórica distinción entre una lucha política y otra económica o sindical y que afecta tanto a las corrientes de pensamiento anarquista como socialista. Estos últimos, a pesar de manifestar la indisolubilidad de la lucha económica con la política, deberán dar respuesta a preguntas como las de ¿qué organismo, partido o sindicato ha de llevar la iniciativa en la lucha por la libertad de asociación?; ¿quién debe organizar, controlar la acción conjunta y capitalizar sus resultados, si son positivos?

³ MOLNAR, M.: *El declive de la Primera Internacional*, p. 247. Madrid, 1974.

Por otra parte, la tradición reivindicativa y asociativa de tipo económico y social de la clase obrera era más antigua que la política. Las diversas sociedades de socorros mutuos, de resistencia, cooperativas o sindicatos, se remontan a los orígenes de la clase obrera industrial y a sus primeras acciones. La experiencia reivindicativa era muy superior a la de la acción política y parlamentaria.

Además, la solidaridad de clase surge en las primitivas sociedades y, de éstas, se transfiere a los sindicatos con mucha más fortaleza que a los partidos políticos. Entre otras razones porque la solidaridad transmitida a través de las instituciones de resistencia afectaba a los aspectos más primarios y elementales de la sobrevivencia, tales como el salario o la jornada de trabajo; frente a objetivos secundarios como los de los derechos políticos, la educación y el sufragio universal.

Así pues, es natural que en la formación de los sindicatos modernos (Uniones alemanas, CGT, CGIL, UGT, CNT, etc.), la tradición histórica, la información acumulada y la memoria colectiva tengan un papel primordial. Es decir, que toda organización sindical moderna nace con una deuda con el pasado; incorpora una tradición cultural, organizativa y asimila un conjunto de costumbres. Ninguna es producto de una creación política o ideológica. Todas ellas lo son de la evolución de unas luchas anteriores con sus éxitos y sus fracasos.

Sin duda la construcción de los partidos socialistas se ve sometida a una herencia similar; sin embargo, como he comentado, su tradición es más secundaria, más cultural, e ideológica que primaria y elemental.

Por todo lo expuesto, es difícil hallar un sindicato moderno nacido exclusivamente de la iniciativa o de la influencia del partido socialista, sin tradiciones y costumbres. Los partidos socialistas deberán actuar, por norma general, sobre sociedades obreras y organizaciones sindicales preexistentes, e intentar reconducidas hacia sus presupuestos políticos e ideológicos. Es obvio que ello comportará unas relaciones diversas y a veces conflictivas entre los sindicatos y los partidos, incluso entre los que se declaren partidarios de unos mismos principios u orientación de pensamiento.

Estas diferentes relaciones entre partido y sindicato se establecerán condicionadas por la tradición histórica y cultural, por supuesto; pero también por la experiencia en la lucha; su peso y fuerza social organizada; su homogeneidad; por los recursos financieros de que dispongan el partido y el sindicato; por su respectiva capacidad de atracción; del éxito de sus propuestas; de la aptitud de sus dirigentes; de sus posibilidades de integración; de la flexibilidad en sus planeamien-

tos; del régimen de libertades políticas del Estado en el que actúan o la presión política a la que estén sometidos desde el poder.

En una primera aproximación, según la tipología formulada por Annie Kriegel ⁴ -un tanto rígida y sólo válida para los primeros años de los partidos socialistas, según mi criterio-, en los medios sindicalistas y socialistas existirían cuatro concepciones distintas de las relaciones recíprocas a establecer entre partido y sindicato.

En una primera las organizaciones sindicales poseen la iniciativa y son el fundamento de la organización política. Podría ejemplificarse con el dominio de las *Trade Unions* británicas sobre el Partido Laborista.

En una segunda se daría la circunstancia contraria, el partido sería el guía de los sindicatos y dirigiría su actividad según la estrategia y la táctica socialista, como en el caso alemán.

En una tercera se produce una fusión entre las fuerzas políticas socialistas, las sindicales e incluso las cooperativas, como el caso belga y algunos escandinavos.

Una cuarta significaría el desarraigo en paralelo del sindicalismo y el socialismo, negando, en algunos momentos, a competir para atraerse a los obreros, y el caso francés podría ser el ejemplo.

Sin lugar a dudas las relaciones entre partido y sindicatos en los casos alemán y francés merecen una particular consideración. En ambos casos se parte de una actitud similar del partido socialista respecto a los sindicatos. Sin embargo, el desarrollo del sindicalismo es distinto. Pero de nuevo hallamos una afinidad en el sentido de la fuerza mayor que adquieren, por razones distintas, los sindicatos.

1.1. *Partido y sindicato en Alemania*

Entre las diversas organizaciones sindicales alemanas, algunas de ellas de orientación cristiana, hallamos las Uniones Socialistas, en las cuales el partido es el guía político e ideológico y donde se observa el clásico ejemplo del diseño socialista respecto a los vínculos a establecer entre partido y sindicato.

Los sindicatos socialistas adquieren, inicialmente, su orientación bajo la disciplina del partido y se mantienen ajenos a toda acción política. En este caso advertimos la aplicación de la supremacía de la lucha política sobre la económica. Sin embargo, la tradición del sin-

⁴ KRIEDEL, A.: "La Segunda Internacional (1889-1914)", en la obra de DROZ, J. (dir.): *Historia general del socialismo*, vol. II, p. 559. Barcelona, 1979.

¿Reforma o revolución?

dicalismo moderno en Alemania era menor que la de otros países (Gran Bretaña o Francia) y el movimiento laselliano había manifestado su hostilidad al sindicalismo, pues según el mismo la mejora de la condición obrera sólo podía obtenerse previa democratización del Estado, conquistado a través del sufragio universal.

Desde la creación del Partido Obrero Socialdemócrata (SDAP) (Eisenach, 1869) y la posterior formación del Partido Obrero Socialista de Alemania (Gotha, 1875), el sindicalismo tuvo un soporte político socialista. Durante la época de las leyes bismarkianas contra el socialismo, las agrupaciones sindicales más antiguas tendieron a la concentración, a construir unas nuevas uniones corporativas a imagen y semejanza del proceso que seguían las centrales y patronales industriales y con el objetivo de poder negociar con fuerza la contratación colectiva. Estas diversas Uniones centrales se agruparán en 1890 en la Comisión Central de Sindicatos de Alemania, dirigida por Karl Legien.

Su creciente potencial humano y financiero facilitó su autonomía, y con su toma de posición con respecto a opciones de imprecisa asignación (política o sindical), como la huelga general, ejerció una clara influencia en las decisiones del partido y se convirtieron en una fuerza de apoyo a los sectores moderados y reformistas en el seno del partido. Las Uniones se transformaron en la más potente organización sindical continental y multiplicaron por 8,75 su número de afiliados entre 1892 y 1914 (en 1892: 237.094 afiliados, y en 1914: 2.075.759)⁵.

La Comisión Central tenía, en 1913, el doble de afiliados que el partido (SPD). Al mismo tiempo, respecto a las finanzas, cabe comentar que, en 1902, ingresaba 10 millones de marcos más que once años antes (1891); y las salidas aumentaron en el mismo periodo en 9 millones y medio. Sólo en 1902 los sindicatos ingresaron más de 11 millones de marcos y después de gastar poco más de 10 millones les quedaba, todavía, un fondo de 10 millones y cuarto⁶.

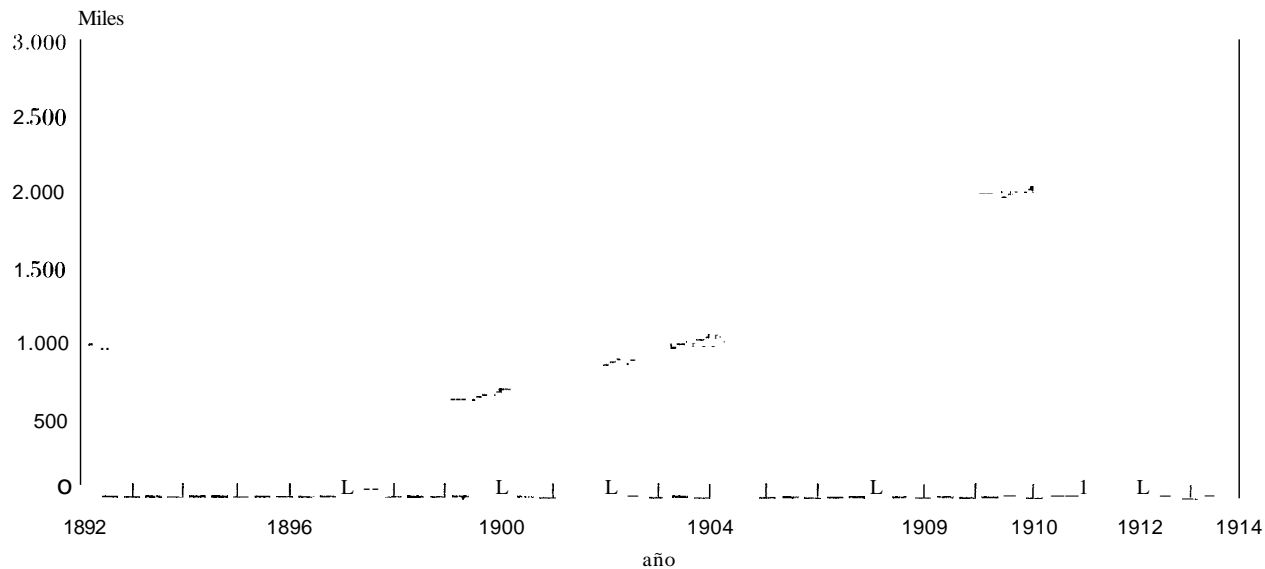
Esta ascensión del movimiento sindical es paralela al aumento de la conflictividad laboral. De 1900 a 1905 la tasa media de crecimiento anual de las huelgas es de un 21 por 100 y la del número de huelguistas de un 29 por 100⁷.

⁵ COOK, C., y PAXTON, T.: *European Political Facts, 1848-1918*, p. 321. Londres, 1978.

⁶ MEHRING, F.: *Storia della socialdemocrazia tedesca*, vol. III, p. 1393. Roma, 1974.

⁷ GHOLL, D.: "Intégration négative et attentisme révolutionnaire", en *Le Mouvement Social*, núm. 95, abril-junio 1976, p. 112.

GRAFICO 1
Afilación sindicatos socialistas
Alemania



Serie 1

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por Cook & Paxtoll: *European Political Facts*.

Francesc Bonamusa

Durante este período destaca el año 1905 que se convierte en una fecha significativa en el movimiento socialista alemán. La combatividad sindicalista llega a altas cotas con la gran huelga minera en la cuenca del Rhur, sostenida durante unas seis semanas (enero-febrero de 1905) por más de 200.000 huelguistas. En conjunto en Alemania durante este año se realizaron más de dos mil trescientas huelgas y cierres patronales, con más de medio millón de huelguistas. Además, surgía con fuerza la lucha política, mediante grandes manifestaciones en pro de reformas electorales en Prusia y Sajonia⁸. Y, por último, la Revolución rusa reabría, en las filas de la socialdemocracia alemana, el debate de los sectores radicales encabezados por Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Clara Zetkin, Frantz Mehring o el propio Kautsky.

El crecimiento de los sindicatos socialistas, a partir de la mitad de la década de 1890, es tal que se puede hablar de una *sindicalización creciente del movimiento obrero*. La correspondiente baja del porcentaje de sindicatos adscritos en el partido conduce a una despolitización de los sindicatos que provocó, en la práctica, una *sindicalización del partido*. Los cuadros del partido que realizaban tareas de dirección en los sindicatos, al surgir un conflicto originado por su doble afiliación, se inclinaron progresivamente por su adscripción sindical⁹.

August Bebel, máximo dirigente del partido, intenta promover, desde 1900, una solución a los conflictos de competencias que se anuncian. Propone la distinción entre *política de partido* y *política obrera*, es decir, política social, reglamentación del trabajo, etc., a la espera que el propio desarrollo de la lucha de clases facilitará una repolitización de los sindicatos, que no se realizará. Desde el congreso de Colonia (1893), los sindicatos se limitaban de forma exclusiva a la política social y a negociar los convenios colectivos. Toda actividad política estaba en manos del partido.

La fuerza y la potencia de estos sindicatos se desplegó ampliamente en el terreno político con el tema de la huelga general. Se habían opuesto a las acciones de un primero de mayo combativo temerosos de perder lo conseguido y, descartada la concepción anarquista de huelga general, se mostraron también radicalmente contrarios a una huelga general política. Así en el congreso de París de la Segunda Internacional (1900), el dirigente sindical alemán Karl Legien se

⁸ SALVADOHI, M. L.: "La socialdemocracia alemana y la revolución rusa de 1905", en la obra colectiva de HOBBSBAWM, HAUPT, MAREK, HACIONIEHI, STRADA, VIVANTI (dirs.): *Historia del marxismo*, vol. 5, p. 282. Barcelona.

⁹ CHOTII, D.: *op. cit.* p. 110.

oponía al francés Aristide Briand y cuatro años más tarde, en el de Amsterdam (agosto 1904), la delegación alemana sólo aceptaba la propuesta de la ponente holandesa Henriette Roland-Holst en el sentido de una utilización defensiva de la denominada *huelga de masas*.

Sin embargo, un mes después, en el congreso del partido (Bremen, septiembre de 1904), la dirección se oponía a la propuesta de Karl Liebknecht y de Clara Zetkin de incluir el tema de la huelga de masas en el orden del día del posterior congreso. Además, en el quinto congreso sindical de Colonia (mayo de 1905) se reafirmaba con dureza el rechazo a la huelga política de masas. Theodor Bömelburg, presidente de la Asociación de Trabajadores de la Construcción y ponente de la Comisión central de sindicatos, era diáfano y contundente al afirmar, con vítores de asentamiento por parte de los asistentes:

Ha costado enormes sacrificios alcanzar el actual nivel superior de poder. Pero para construir nuestra organización necesitamos tranquilidad en el movimiento obrero. Nuestros literatos se sientan simplemente y escriben. Eduard Bernstein, por ejemplo, no sabe ya cuánto debe desplazar a la derecha y al cabo de un tiempo se pone a debatir la huelga política de masas. Los literatos que hagan lo que gusten, pero con ello no hacen ningún servicio al movimiento obrero. Aquellos que hoy hablan tan ligeramente sobre la huelga política de masas, en la mayoría de los casos no tienen idea del movimiento obrero en la práctica 10.

Como se puede advertir era un duro ataque a los sectores radicales y a aquellos revisionistas que se habían *atrevido* a dar apoyo al uso de la huelga de masas, aunque sólo fuera para defender las libertades políticas, como había hecho Bernstein, meses antes, en el congreso de Bremen 11.

Por otra parte, la Revolución rusa había polarizado las actitudes en el seno del partido y las divergencias se endurecieron. Para el sector radical del partido el ejercicio de la huelga de masas en Rusia constituía una lección para la clase obrera alemana que debería organizar acciones ofensivas, al margen o en paralelo a la lucha parlamentaria del partido y de la lucha reivindicativa de los sindicatos.

A partir de todo ello las relaciones entre los sindicatos y el partido iban a pasar por un momento crítico, tal como se manifestó en los congresos del partido en Ginebra (1905) y en Mannheim (1906). En

10 KAJITSKY, K., y PANNEKOEK, A.: *Debate sobre la huelga de masas*, segunda parte, p. 145. Córdoba (Argentina), 1976.

11 LACAHDELLE, N.: *Huelga general y socialismo. Encuesta internacional*, pp. 225-226. Córdoba (Argentina), 1975.

Jena el tema central fue, precisamente, la huelga política de masas. August Bebel, ante la presión de los radicales del partido y con el interés de buscar una fórmula de compromiso, defendió la huelga de masas como instrumento defensivo, en particular ante la posibilidad de que se recortaran los derechos democráticos y relacionándola con la lucha por el sufragio universal. Ello en un clima de fuerte hostilidad de los sindicatos, expresada por el revisionista Eduard David y el máximo dirigente sindical Karl Legien contra las propuestas de Kautsky y de Rosa Luxemburg.

Finalmente, August Bebel consiguió un amplio apoyo a su resolución, por la que, sin mencionar el término de huelga política de masas, se acordaba “la utilización amplia de la interrupción masiva de la actividad laboral” como un medio de lucha efectivo para evitar agresiones contra “el derecho al sufragio universal, igual, directo y secreto”; o para “conquistar un derecho fundamental para la liberación de la clase obrera”¹².

Sin embargo, los sindicatos lanzaron una fuerte ofensiva contra el partido cuando la agitación en torno del sufragio universal en Sajonia y Prusia adquiriría dimensiones importantes (al tiempo que se extendía la influencia de la Revolución rusa) y ante las amenazas del canciller Von BüLow contra la socialdemocracia¹³. Bebel tuvo que hacer marcha atrás y se inclinó hacia las posturas sindicalistas.

Los sindicatos llegaron a disponer de mecanismos de poder sobre el partido y los utilizaron a lo largo de 1906. En febrero, en una reunión secreta de los dirigentes de los sindicatos y del partido, los primeros obligaron al partido a asumir el compromiso de impedir una huelga política de masas o tomar su dirección para reconducirla en el caso de que, a pesar de lo primero, se declarara. Los sindicatos darían su apoyo a estas acciones¹⁴. A partir de aquí los sindicatos manifestaron su oposición a que el partido les marcara sus directrices políticas y se iniciaba una dura ofensiva contra los sectores radicales del partido. Una ofensiva que culminó con una clara victoria de los sindicatos refrendada en el congreso de Mannheim (septiembre de 1906).

En este congreso, Bebel, en actitud defensiva, hacía referencia al mal uso que se hizo de las conversaciones secretas, e informales según él, mantenidas entre la Comisión Central de los sindicatos y la Presidencia del partido. Sostuvo que

¹² *Ibid.*, nota 13, p. 147.

¹³ LERMAN, K. A.: *The Chancellor as Courtier. Bernhard von BüLow and the Governance of Germany, 1900-1909*. Cambridge, 1990.

¹⁴ SALVADORI, M. L.: *op cit.*, p. 299.

una huelga general en Alemania, o bien en Prusia, significaría algo distinto que en cualquier otro país del mundo, que los poderes y organización a los cuales nosotros nos enfrentamos –de un lado la monarquía prusiana y la oligarquía terrateniente, del otro lado los barones de la industria rigurosamente organizados– podrían contrarrestar todo intento de una huelga de masas, con medios tan brutales que, si queremos dar ese paso, deberíamos estar mucho más organizados de lo que lo estamos actualmente y de lo que durante un largo período de tiempo aún estaremos.

Después de esto, Bebel advierte que los sindicatos dedujeron incorrectamente que respaldara sus posiciones, y que fuera contrario a toda huelga de masas. Más adelante afirmaba: “Yo considero la huelga de masas como la ‘ultima ratio’, el último pero pacífico instrumento de nuestro partido, como un medio de lucha que nosotros debemos aplicar con toda fuerza, disciplina y autocontrol, a fin de darle la forma que nosotros querramos, en interés del partido y del pueblo. Esto no podemos arriesgarlo aún con nuestra organización actual”. No cabe duda que Bebel hacía marcha atrás y cedía ante los sindicatos, dejando la posibilidad de una huelga de masas a las *calendas grecas* ¹⁵.

Por su parte, la intervención de Legien, en nombre de los sindicatos, fue de una dureza extrema. Aprovechó la debilidad de Bebel para acusarle que su defensa no era más que “el resultado de aferrarse a un medio de lucha sin estar seguro de que ha de poder ser utilizado inmediatamente”. Calificaba a los partidarios de la huelga general de *anarcosocialistas* y exponía que el partido debería agradecerles que hubieran impedido que “se extendiera entre los trabajadores el punto de vista antiparlamentario; que hubieran prevenido a los camaradas sindicalistas de no abandonar el trabajo de hormiga cotidiano por las veleidades de la huelga general anarquista”. Por fin, después de atacar a Kautsky, proclamaba la inexistencia de diferencias y la unidad entre partido y sindicatos. “Se trata simplemente de una disputa entre literatos”, concluía Legien insistiendo en las ideas manifestadas por Bomelburg en el congreso sindical de Colonia un año antes ¹⁶.

El congreso de Mannheim significaba la derrota de quienes, como Kautsky, defendían el papel dirigente del partido y la obediencia de los militantes sindicalistas a la disciplina del mismo. La actitud de

¹⁵ La intervención de August Bebel, extraída de las actas del congreso puede consultarse en *Debate sobre la huelga de masas*, segunda parte, pp. 171-189.

¹⁶ El discurso de Legien puede consultarse en “Debate sobre la huelga de masas”, *op cit.*, nota anterior, pp. 198-204.

Bebel y las posiciones de Legien significaban el reconocimiento de un poder de decisión a los sindicatos socialistas y similar al del partido en todas las cuestiones de importancia política. A pesar de las manifestaciones de protesta de un sector de la socialdemocracia encabezado por Rosa Luxemburg, que seguía defendiendo los principios programáticos de que los sindicatos eran un producto del partido y que su relación con él era la de una parte con el todo; la de la representación de unos intereses de grupo frente a los de la clase obrera y su emancipación¹⁷.

De hecho, si 1905 había significado un momento álgido de la ascendente lucha sindical y rico en el debate sobre la utilización de la huelga general, significó también el inicio de una recesión en la tasa creciente de huelgas y de huelguistas. De 1905 a 1911 la tasa de crecimiento medio anual de huelgas bajó del 21 por 100, anteriormente citado para el período 1900-1905, a un 2 por 100, y el de huelguistas, del 29 por 100 a menos del 2 por 100¹⁸.

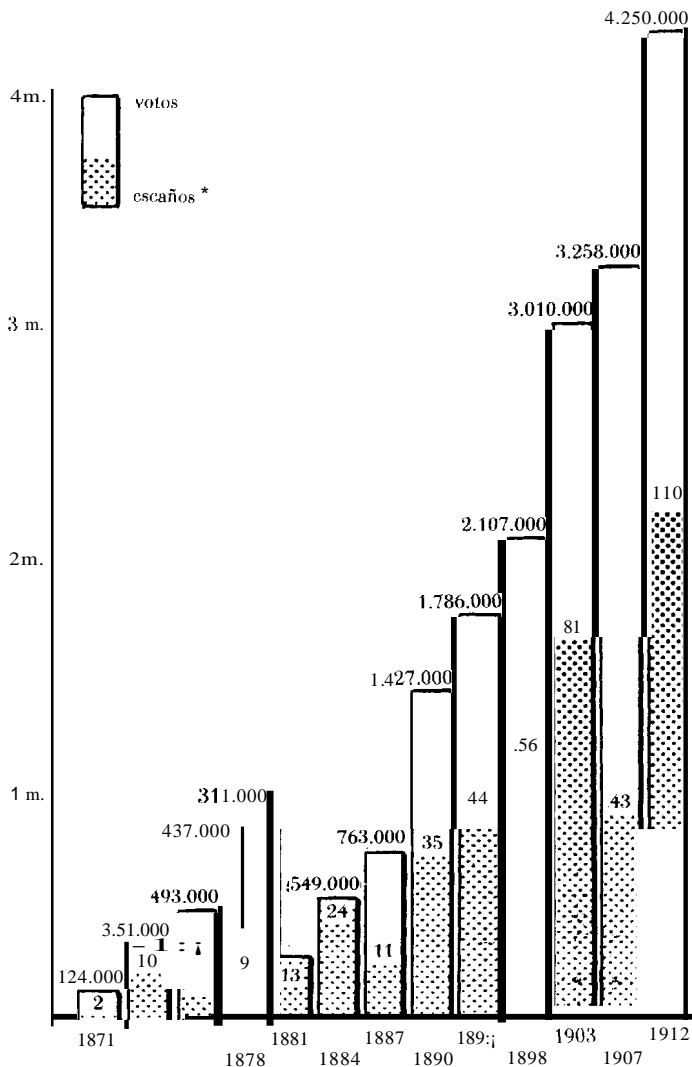
A partir de 1906-1907 el triunfo de la moderada actitud sindical, más el endurecimiento de las patronales y de la política represiva del Estado, impulsará el desarrollo de estrategias de adaptación, de integración, con una serie de métodos entre los cuales no se considerará la huelga. La negociación entre las organizaciones obreras y las patronales se convertirá en el eje de la política sindical. Todo ello repercutirá en una menor capacidad reivindicativa de los sindicatos y, por el contrario, con el surgimiento progresivo de acciones de masa espontáneas y de *huelgas salvajes* que provocarán, a menudo, contradicciones entre la base y la dirección sindical.

La pérdida de escaños de la socialdemocracia, en 1907, planteará en el seno del partido nuevos debates sobre temas antiguos. La discusión sobre la huelga general reaparecerá a partir de 1910, mediante un debate teórico con la intervención de Rosa Luxemburg, Kaustky, Pannekoek; pero sin las repercusiones políticas de este primer debate y centrado en la huelga de masas como medio para evitar una eventual conflagración mundial y a nivel internacional en abierta polémica con los socialistas franceses.

¹⁷ LUXEMBURG, R.: *Grève de masses, parti et syndicats*. París, 1964.

¹⁸ GROH, D.: *Op. cit.*, p.112.

GRAFICO 2
Votos y escaños en el Reichstag conseguidos
por el Partido Socialdemócrata Alemán



* De un total de 397 escaños (382 en 1871).

Fuente: Roger FLETCHER, *Revisionism & Empire. SocialismImperialis in Germany. 1897-1914.* George Allen & Unwin, Londres, 1984, p. 29.

1.2. Partido y sindicato en Francia

La autonomía sindical y la huelga general configuran el eje de las discusiones entre los sindicatos y las organizaciones políticas socialistas en Francia. Ante todo debemos indicar que las organizaciones sindicales y la lucha por su independencia tenían una tradición que se remonta a antes de la Comuna de París (1871). En la década de 1860 son varias e importantes las Cámaras sindicales y entre 1869-1870 surgen las primeras Federaciones de Cámaras sindicales. Unas con una base organizativa territorial y otras profesional. Pocos años después, en 1876, las Cámaras sindicales parisinas, en el marco de un movimiento mutualista, cooperativo y sindicalista, convocan un congreso nacional en el que se afirma su voluntad de independencia del Estado y de la ideología socialista.

Sin embargo, la incorporación de los colectivistas conllevó un desplazamiento de cooperativistas y mutualistas y un predominio de los guesdistas a partir del congreso de Marsella (1879). El guesdismo incorporaba de lleno los principios de la supremacía de la acción política sobre la economía y de la dependencia del sindicalismo respecto al partido político obrero. Principios que procedían básicamente de Alemania y otros países europeos, donde las organizaciones sindicales de orientación socialista, a las que debían afiliarse los militantes del partido, quedaban subordinadas a la estrategia y táctica del partido socialista.

La poca sensibilidad sindicalista de los guesdistas, su afán por combatir el anarquismo, la práctica de la autonomía sindical y la diversidad y riqueza de organizaciones y tradiciones políticas revolucionarias francesas, más el intervencionismo del gobierno Ferry, facilitó el mantenimiento de la independencia como principio irrenunciable del sindicalismo obrero a través de la creación de la Federación de las Bolsas de Trabajo (1892). Una organización dirigida por el anarquista F. Pelloutier que recogía los objetivos de las sociedades de resistencia, del mutualismo, dispuesta a ofrecer servicios diversos a sus afiliados y a realizar activas campañas de propaganda sindicalista.

Con el declive del terrorismo, la incorporación de anarquistas al movimiento sindical, la sustitución de conceptos como *propaganda por el hecho* o *individualismo* por los de *acción directa* y *huelga general*, se establecieron las bases de una ideología anarcosindicalista que gozaría de amplia influencia en el movimiento obrero francés; frente a un movimiento socialista fragmentado en diversas y muchas

veces opuestas organizaciones (guesdistas, vaillantistas, broussistas, allemanistas, blanquistas, socialistas independientes, etc.).

La formación de la CCT (1895), con el principio de independencia política de los sindicatos y con el predominio de los sindicalistas, significó una fuente permanente de conflicto con el Partido Obrero Francés (guesdista), que sostenía férreamente la subordinación de la vida sindical a la vida política, que entendía el sindicato como una organización profesional y que no reconocía al sindicalismo su pretensión de realizar la revolución social. Todo ello frente a una rica campaña de propuestas anarquistas y sindicalistas sobre la huelga general. Es una época de esplendor en el sindicalismo revolucionario que se prolongará hasta la década de 1920 con un largo debate en el seno de la Internacional Comunista, protagonizado por Pierre Monatte, Alfred Rosmer, y con la creación de los Comités Sindicalistas Revolucionarios.

Por otra parte, la posición de los socialistas independientes respecto a la huelga general es diversa; distinta según la personalidad de cada uno de ellos. Junto a las actitudes partidarias de una colaboración con el gobierno republicano, como la de Millerand, tenemos las de Briand y Jaurés.

La propaganda sindicalista sobre la huelga general penetró en las filas socialistas a través de las indeterminadas fronteras del pensamiento a las que ya he aludido en otras ocasiones. Un ejemplo representativo de esta penetración entre los socialistas independientes la tenemos con Arístides Briand, diputado por Saint-Etienne y apodado por los guesdistas *general huelguista*. En el congreso general de las organizaciones socialistas francesas (diciembre de 1899) se muestra contrario a toda huelga parcial para afirmar que "es imposible, desde el punto de vista económico al menos, no ser partidario de la huelga general cuando uno lo es de la organización sindical". Con una actitud voluntarista defiende la huelga general como el medio que puede "apresurar la marcha de la revolución". Alienta a la necesidad de ir a la lucha no sólo con la papeleta del voto, sino también con el pico o el fusil. Defiende la posibilidad de la huelga general porque se extiende a todas las regiones, ciudades y pueblos y evita el aislamiento que se produjo en otras ocasiones históricas, como en la Comuna de París. Y afirma que el ejército, formado por gente del pueblo, se resistirá a reprimir a los trabajadores. Es un discurso simple, emotivo, ingenuo; pero afligido, triste. "El hombre nunca se vuelca a la insurrección con el corazón alegre. En el momento en que abandona su casa para tomar parte en la lucha y exponerse a la muerte se halla

¿Reforma () revolución?

sujetado por sentimientos que lo disputan a la insurrección y 10 retienen en el hogar”, asegura Briand¹⁹.

En el mismo seno del socialismo independiente, desde una perspectiva opuesta tenemos la voz alegre, pacifista y racional de Jean Jaurés, diputado por el Tarn. Frente a las citas de Briand relacionando la revolución con la muerte, Jaurés expone que “toda revolución supone una exaltación de la vida”. El es quien, en 1901, desde las filas socialistas, expone las primeras objeciones rigurosas y articuladas a la huelga general. El propio secretario general de la CGT, Guérard, reconoció que por primera vez se planteaba una crítica estructurada.

Jaurés, primero desde las páginas de *La Petite République* (29 de agosto de 1901) Y después con la edición del folleto *Etudes socialistes* (noviembre de 1901), muestra su escepticismo ante la necesaria unanimidad de la clase obrera que exige la huelga general, entre otras razones por su diversidad y dispersión. A partir de aquí analiza los diversos efectos que puede producir la parálisis progresiva de los diversos sectores de la producción; entre ellos el gran malestar que significará el “aumento de la miseria y del hambre” entre la propia clase obrera y el correspondiente surgimiento de la violencia con la inevitable respuesta violenta de “los guardianes enloquecidos del sistema capitalista”. Por consiguiente, la huelga general adquirirá un carácter revolucionario. Esta es la idea de los que defienden la huelga general, afirma Jaurés.

Pero ello, según el propio Jaurés, no tiene probabilidad de éxito. “En primer lugar, la clase obrera no se subleva por una fórmula general, como es el advenimiento del comunismo”, afirma. Los defensores de la huelga general, que lo saben, recurren a la argucia de utilizar unas reformas concretas para desencadenar un mecanismo que lleve a la clase obrera indefectiblemente hacia la revolución. Este procedimiento es, según Jaurés, contrario a la misma idea de revolución, que en una democracia exige necesariamente tener conciencia de lo que se realiza. “No hay ni puede haber revolución sino allí donde hay conciencia”, puntualiza. Este engaño significará el retroceso del empuje obrero.

Por otra parte, no necesariamente la huelga general, aunque sea revolucionaria, hará capitular el sistema capitalista.

¹⁹ El discurso completo se halla en BRIAND, A.: *La huelga general y la revolución*. Barcelona. La cita corresponde a la p. 14. También se halla parte del discurso en LAGARDELLE, H.: *op cit.*, pp. 91-95.

“La sociedad burguesa opondrá una resistencia proporcionada a la importancia de los intereses puestos en **juego**”, escribe Jaurés. Así pues, ante la huelga general, que

le pedirá un sacrificio completo opondrá una resistencia completa. Además, por muy poderosos que sean los efectos de la huelga, no lo serán más que los de las grandes guerras y no necesariamente significan el derrumbe de la sociedad. Se puede tomar por el hambre y por la fuerza una ciudad; no se toma de igual modo una sociedad entera,

escribe dando ejemplos de la Revolución francesa y de la Comuna de París. Por otra parte, la huelga general debe obtener el éxito a la primera vez, pues de lo contrario dejará a la clase obrera totalmente desarmada frente a un sistema capitalista “armado de un furor implacable” que ejercerá con gran dureza la represión política y social. Finalmente, para Jaurés “la huelga general es una advertencia peligrosa para las clases privilegiadas, más que un medio de liberación para las clases explotadas”, y para el socialismo no hay más método soberano que conquistar legalmente la mayoría ²⁰.

Entre las demás corrientes socialistas los blanquistas y llemanistas, por ejemplo, coincidían en aspectos básicos e incluso ofrecieron brillantes defensores de la huelga general y dirigentes importantes a la CCT.

Hasta la unificación de los partidos socialistas con la formación de la SFIO (1905) y el congreso de Amiens de la CCT (1906), incluso en el propio congreso sindical, los socialistas y en particular sus genuinos representantes, los guesdistas, defensores de las tesis clásicas del socialismo respecto al papel del sindicalismo, se vieron relegados a una influencia menor y las recíprocas relaciones fueron rígidas. A partir de la derrota guesdista en Amiens y de la pérdida de su papel protagonista y de su influencia en el seno del socialismo y del partido (SFIO), las relaciones entre éste y la CCT, aunque difíciles, mejoraron.

²⁰ JAURÉS, T.: *La classe ouvrière*. Textos reogidos y presentados por REBÉRIOUX, M., y MASPERÓ, F., pp. 95-112. París, 1976.

El texto de JAURÉS, J., editado en noviembre de 1901 en el folleto *Etudes socialistes*, fue publicado en castellano bajo el título de “Huelga general y revolución”, dentro del folleto *La ruta del socialismo*, documentos políticos, año I, núm. 11, pp. 43-45. Madrid, S. A. Paradójicamente, años más tarde, Jaurés, calificado de reformista, defenderá la utilización de la huelga general ante una posible guerra mundial frente a los alemanes y fue asesinado horas antes del inicio de la guerra. El dirigente socialista más representativo del dogmatismo, Jules Guesde, pasará a formar parte del gobierno encabezado por un antiguo socialista independiente, Viviani. Aristide Briano, será Ministro de Justicia, Jefe de gobierno y Premio Nobel de la Paz.

El debilitamiento de los guesdistas significó el aumento de prestigio de Edouard Vaillant y de Jean Jaurés. El primero, de tradición blanquista, mantenía buenas relaciones con sus antiguos correligionarios, entre los que figuraba el nuevo secretario general de la CGT, Victor Griffuelhes. Defendía la idea favorable a la independencia sindical y sostenía una coordinación entre ambas organizaciones. Se convirtió en el defensor de la CGT y del sindicalismo revolucionario dentro del partido.

Jean Jaurés substituyó progresivamente a Vaillant en este papel de defensor y, muy sensible al movimiento sindical, pues su apoyo político y su conversión al socialismo procedían del movimiento sindical minero y vidriero de Carmaux, llegó a defender al sindicalismo y la huelga en la Cámara de Diputados incluso en momentos de gran dureza social y frente a jefes de gobierno como Georges Clemenceau y Aristide Briand, vehemente defensor, años antes, de la huelga general.

Uno de los cambios fundamentales en las relaciones del partido con el sindicalismo se dará en el congreso de la SFIO de Limoges (1906). Realizado poco después del de la CGT de Amiens y sin olvidar que, por estas fechas, la fuerza organizada de la CGT era casi seis veces mayor que la del partido. En efecto, Vaillant y Jaurés formaron en Limoges un frente común contra el dogmatismo y el interés de Guesde en tutelar y adoctrinar en el socialismo a la organización sindical. Un frente común de respeto a la independencia sindical y a su libertad para definir y ejercer su acción sindical revolucionaria.

Vaillant afirma que sólo por la base podrá llegarse al paralelismo de la acción entre partido y sindicato (SFIO-CGT); que la unidad obrera se realizará en la práctica y que no deben establecerse relaciones que todavía no son posibles. Por lo tanto, el partido debe contentarse en hacer una declaración parecida a la del congreso sindical de Amiens, "reconociendo la autonomía de la CGT, y su derecho a definir y ejercer su acción sindical revolucionaria" y secundar la acción sindical en el primero de mayo e incluso en la huelga general.

Frente a la insistencia de Guesde en señalar que fuera del partido no hay transformación posible de la sociedad, Jaurés negó a afirmar que "se alegraba de ver que los sindicatos franceses fueran más aná de la acción reformista y corporativa y se asignaran como principio la supresión, la entera transformación de la propiedad y de la sociedad capitalista, a través de la organización y la preparación de la huelga general".

Jaurés, en su intento de mantener una buena relación con los sindicatos, asegura que la CCT al propugnar -en la declaración de Amiens- que el principio supremo del sindicalismo es la emancipación integral de los trabajadores, junto a la independencia de todos los partidos políticos, lo que de hecho hacía era romper los puentes con todos los otros partidos y construir el puente con el Partido socialista, al coincidir ambos en la defensa de todas las reformas útiles a la clase obrera y con el mismo principio supremo ²¹.

La actitud de Vaillant y Jaurés se materializó en la aprobación, en el mismo congreso, de la denominada *Motion du Tarn*. En ella se afirma que "la clase obrera sólo podrá liberarse completamente a través de la fuerza combinada de la acción política y de la acción sindical, por el sindicalismo hacia la huelga general y por la conquista del poder político hacia la expropiación general del capitalismo". Para ello se aprueba la autonomía entre partido y sindicato y se garantiza una libre cooperación entre los dos organismos a partir de la existencia de la concordancia fundamental en el objetivo (la emancipación completa de la clase obrera), sin confusión, sin subordinación y sin desconfianza ²².

La huelga general seguirá presente en los debates socialistas franceses, pero progresivamente y a nivel internacional se centrará en su uso como medio de prevención y de respuesta a una guerra mundial. Vaillant y Jaurés defendereán frente a Bebel y los socialistas alemanes, ya desde el congreso de Stuttgart (1907), la necesidad de utilizar todos los medios para evitar una guerra mundial: intervenciones parlamentarias, agitación pública y manifestaciones populares hasta la huelga general obrera y la insurrección.

Es de sobra conocido que no sólo no se evitó la guerra mundial, sino que los socialistas alemanes votaron a favor de conceder créditos de guerra al gobierno del Reich; que los socialistas accedieron al gobierno de la sociedad capitalista durante y después de la primera guerra mundial en diversos países y que la Internacional Socialista sufrió un grave y decisivo revés. A partir de este momento, la huelga general se convertirá en un instrumento de los sectores a la izquierda de los partidos socialistas.

²¹ Fragmentos de los discursos de Vaillant, Guesde y Jaurés pueden consultarse en DIJBIEFF, H.: *Le syndicalisme révolutionnaire*, pp. 118-124. París, 1969.

²² La "Motion du Taro" completa en DUBIEFF, 11.: *op. cit.*, pp. 124-125.

2. La huelga general y el sufragio universal

El movimiento socialista recoge la herencia de la lucha por el sufragio universal de los diversos movimientos liberales radicales y democráticos europeos de la década de 1860 como el Partido Nacional Liberal alemán o el Manifiesto francés de Belleville (1869)²³. Introduce medios de lucha extraparlamentarios como la huelga general y provocan las tensiones ya comentadas entre partidos y sindicatos.

Las huelgas de masas más representativas de las realizadas para la conquista del sufragio universal son, quizá, las de Bélgica y Austria. Eduard Bernstein ya lo manifestaba así, en 1904, al afirmar en el congreso de Bremen que "Bélgica y Austria han demostrado que, cuando se presentan ciertas condiciones, la huelga de masas es un excelente medio para apoyar un movimiento de reivindicación de derechos políticos" 24.

2.1. La huelga general en Bélgica

Bélgica es quizá un ejemplo de las limitaciones que suponen los marcos estatales para examinar el crecimiento industrial europeo. Los mecanismos que la transformaron en uno de los países más industrializados del mundo en la primera mitad del siglo XIX se desarrollaron a partir del último tercio del siglo XVIII y a través de cuatro regímenes políticos distintos: el Antiguo régimen, con su diversidad de Estados; el Imperio francés (1795-1815); la monarquía holandesa, que reúne el conjunto de Países Bajos y el Principado de Lieja (1815-30), y el nuevo Estado belga, surgido de la revolución de 1830, de marcado carácter unitario y con centro en Bruselas²⁵.

El rápido avance de la revolución industrial se basó, por una parte, en las ricas cuencas carboníferas de Valonia, las de los ríos Mosa y Sambre; desde el norte de Francia hasta el Rhur (Borinage, Charleroi, Centro —entre las dos regiones anteriores— y Lieja). Con una industria de la minería del carbón de las más antiguas de Europa (Bo-

²³ BONAMUHA, F.: "Partidos socialista y reformismo", en la obra *Revolució i socialisme*, Coloquio Internacional, 14-16 de diciembre de 1989, vol. I, pp. 32-34. Barcelona, 1990.

²⁴ LAGARDELLE, H.: *op. cit.*, p. 225.

²⁵ LEBRUN, P.: "La revolución industrial belga: un análisis en términos de estructura genética", en la obra colectiva *La revolución industrial*, pp. 75 Y 82. Barcelona, 1988.

rinage y Lieja, s. XIII) y una industria del metal en la cuenca del Mosa que se remonta a la prehistoria. Por otra parte, la tradicional industria textil de Flandes, la del lino y la de los hilados y tejidos de algodón con centro en Gante, además de la industria lanera de Verviers ²⁶.

Un Estado intervencionista, una banca activa y una desarrollada red de ferrocarriles convertirán Bélgica en la primera potencia industrial del continente durante la década de 1840. Sin embargo, este acelerado crecimiento industrial, la polarización de los productos y recursos y el papel desempeñado por las instituciones de Estado, en particular, durante el período de gobierno francés, contribuyeron a provocar fuertes desequilibrios nacionales y sociales durante todo el siglo XIX. El nuevo Estado surgirá en el marco de un triple enfrentamiento: nacional (valones-flamencos), político (clericales-liberales) y social (patronos-obreros). Según afirma Scholl, "a menudo fueron los flamencos y los obreros los que salieron perdiendo" ²⁷.

En efecto, la tradicional industria textil de Flandes deberá soportar en los primeros años del siglo XIX la competencia inglesa. Los niños trabajarán a partir de los nueve y diez años para poder bajar precios en los productos textiles. El período de gobierno francés dejó huella después de la revolución de 1830. Los cargos de responsabilidad y dirección política y económica habrán surgido de las escuelas francesas, los patronos hablan francés. La causa flamenca deberá esperar a la generación formada en las escuelas orangistas (1815-30). Sin embargo, todavía la formación francesa será predominante como podemos observar con el caso de César De Paepe, flamenco y destacado dirigente socialista, que cursó sus estudios en francés en el colegio de los jesuitas y en la Universidad de Bruselas durante la década de 1850, y mientras se afiliaba a la sociedad socialista flamenca *Vlamingen vooruit!* (*¡Flamencos, adelante!*) ²⁸. Si a ello añadimos las plagas que provocan la caída de la producción de la patata hacia 1845 y el aumento extraordinario del precio del pan hacia 1851, observaremos que gran parte de la sociedad flamenca se halla sumida durante unas décadas a una doble opresión material y cultural que junto a las causas naturales nos ofrece un estado de miseria que se

²⁶ DHONDT, T., y BRUWIER, M.: "La revolución industrial en los Países Bajos, 1700-1914", en la obra de CIPOLLA, C. M. (ed.), *Historia económica de Europa*, vol. 4, pp. 342-343 Y366. Barcelona, 1982.

²⁷ SCHOLL, S. H. (ed.): *Historia del movimiento obrero cristiano*, Ed. Estela, p. 148. Barcelona, 1964.

²⁸ *Entre Marx et Bakounine: Cesar de Paepe. Correspondance*. Texto de presentación y notas por DANDOIS, B., pp. 18 Y187. París, 1974.

observa con la gran emigración y con el tercio de población que vive de la beneficencia pública y privada. Aspecto éste que se extiende a zonas donde no actúan los mecanismos del nuevo desarrollo industrial basado en la minería y la siderurgia, como es Namur.

Así pues, en Flandes, con una larga tradición de asociación obrera, la lucha por el socialismo tendrá una estrecha relación con la lucha por la emancipación del pueblo flamenco. A menudo, todavía a finales de la década de 1860 entre los medios socialistas flamencos se repetirá que la creación del Estado belga había sido un error. El propio De Paepe expone, en 1867 y en Ginebra, ante la *Liga de la paz y la libertad* que deberían reunirse la totalidad de los Países Bajos; reemprender la obra del siglo XVI, “*brusquement arretéé chez nous par les buchers de Philippe II et du duc d’Albe*”²⁹.

Las primeras asociaciones sindicales surgen en Flandes con un proletario industrial de más tradición, pero los sectores más combativos los hallaremos en Valonia a partir del fuerte crecimiento de la industria metalúrgica en la segunda mitad del siglo XIX y que conlleva el surgimiento de un proletariado más reciente, sin tradición industrial y con una mayor combinación de socialistas marxistas y anarquistas. Es común a todos ellos, sin embargo, una resistencia al Estado, a la centralización política y administrativa. Los socialistas flamencos por la cuestión nacional, los libertarios, mayoritariamente en Valonia, por razones ideológicas. Por todo ello, la estructura organizativa de la AIT facilita un elemento inicial de reunión entre obreros flamencos y valones, sobre todo durante 1868 con un gran número de huelgas, la creación de un Consejo general de las secciones belgas y la celebración en Bruselas del tercer congreso de la AIT. Las divergencias surgirán ahora fundamentalmente entre marxistas y bakuninistas y los socialistas flamencos serán los primeros en organizar un partido político, con un programa directamente inspirado en el elaborado por la socialdemocracia alemana en el congreso de Gotha (1875)³⁰.

En el marco de un gobierno liberal (1878-84), en abril de 1879, se celebrará el congreso del Partido socialista belga y cuya estructura será la adoptada seis años más tarde por el Partido Obrero Belga (POB). Desde el primer momento el Partido socialista abrirá un amplio movimiento para la obtención del sufragio universal. En diciembre de 1879 se hará público un Manifiesto firmado por los máximos dirigentes del partido (De Paepe, Duverger, Bertrand, Anseele y

²⁹ *Ibid.*, p. 18.

³⁰ *Ibid.*, pp. 40-41.

otros). Durante los tres años siguientes se creaba un Comité central con vistas a las elecciones legislativas de junio de 1880, una Liga nacional para la reforma electoral (1881), la Unión Democrática (1882) Y se traducían las obras de Lassalle, todo ello en el marco de un amplio movimiento para luchar por el sufragio universal³¹, que contaba también con el papel destacado de las sociedades y ligas librepensadoras y republicanas y las cooperativas que actuaron de instituciones articuladoras de una amplia agitación civil frente a la fuerza del Partido católico en el poder de 1870 a 1878 y de 1884 a 1914.

Frente al sindicalismo cristiano, que empezará a disponer de fuerza a partir de la década de 1890, el impulso de los socialistas durante el período liberal, y en el marco de una fuerte agitación contra la forma monárquica de gobierno, significó una fuerte oposición al Partido católico; sustrajo espacio político a los liberales y arrancó del Estado una muy amplia aunque, a veces, poco efectiva legislación social durante el período 1887-1905, referida a mínimos de edad para el trabajo, accidentes, seguros y organismos de control.

La fundación del Partido Obrero Belga (POB) en 1885 y el estallido de violencia social desencadenado en la región de Lieja, al año siguiente, abren un nuevo período en la lucha del obrerismo belga, caracterizado por una cierta polarización y el subsiguiente contencioso entre los sectores partidarios de la acción directa, de la huelga general y las marchas sobre Bruselas y aquellos que plantean, como objetivo político básico, la lucha por el sufragio universal. En el seno mismo del POB el sector encabezado por Alfred Defuisseaux -excluido del Consejo general del partido en abril de 1897- defendió en el congreso de Mons (agosto 1887) una actitud radical que, si bien fue derrotada, consiguió que se acordara que la huelga general era un medio a disposición de los obreros para forzar al gobierno a aceptar "el sufragio universal y las reformas económicas" y que, debido a la necesidad de organizarla bien, el "partido obrero efectuará la propaganda necesaria entre los trabajadores para hacer realidad la huelga general lo más pronto posible"³².

La llamada a la huelga general se realizará en diversos territorios de Valonia, en particular entre los mineros de Charleroi y el Borinage. La extensión del movimiento obligará a un funcionamiento selectivo de las cajas de resistencia y al Consejo general del partido a endurecer sus posiciones respecto a la demanda del sufragio universal para no perder la iniciativa política. El congreso de diciembre de 1892

³¹ *Ibid.*, pp. 42-44.

³² LEFRANC, G.: *Grèves d'hier et d'aujourd'hui*, pp. 50-51. París, 1970.

se dedicó sólo al tema de la relación entre el sufragio universal y la huelga general, y se propuso utilizar esta medida de forma inmediata si el Parlamento no asumía aquella petición después de realizar un referéndum favorable al sufragio universal. El 10 de abril, a la vigilia de que el Parlamento entrara a debatir el sufragio universal masculino, los mineros de Borinage iniciaban una huelga, y después de que el Parlamento rehusara aprobarlo, el Consejo general del partido lanzaba la consigna de la huelga general. El 12 de abril la huelga era general en los sectores de la metalurgia, del libro y de la madera de Bruselas, en todas las cuencas mineras de Valonia y se extendía a Lovaina y las regiones flamencas de Gante y Amberes. La violencia hizo acto de presencia, dejando tras de sí a más de tres decenas de muertos y heridos³³.

El camino insurreccional por el que se inclinaba la huelga general hizo que los dirigentes socialistas accedieran a la propuesta liberal de aceptar la sustitución del voto censitario por el voto plural a partir de los veinticinco años. Se trataba de la introducción de elementos censitarios y de capacidad cultural en el sufragio universal; a partir de los cuales los padres de familia de más de treinta y cinco años y pagando al menos cinco francos de contribución, los propietarios, los funcionarios y los profesores de enseñanza media o superior disponían de un doble o triple voto. El 18 de abril era aceptado por el Parlamento el voto plural y al día siguiente el Consejo general del partido ordenaba el fin de la huelga general. Se trataba, pues, de un éxito que significaría al año siguiente la obtención de cerca de un cuarto de millón de votos y la entrada en el Parlamento de 28 diputados socialistas.

Entre la huelga general de 1893 y la de 1902 deben considerarse varios aspectos. En primer lugar, Bélgica se halla inmersa de lleno en una guerra colonial (1897-1900) derivada de la conquista del Congo iniciada en 1885. En segundo lugar, sigue el crecimiento destacado de la población y el incremento constante de la producción. En tercer lugar la difusión de la doctrina social de la Iglesia católica ha articulado asociaciones de tipo sindical.

Todo ello enriqueció la vida sindical y obrera, de forma que de 1900 a 1910 casi se triplicó la afiliación y la actividad sindical. Como resultado de ello observamos que en el quinquenio 1901-1905 el número de jornadas no trabajadas fue de casi dos millones y medio, tres veces más que en el quinquenio anterior. Ahora bien, con un número menor de conflictos (94 frente a 122), de 10 cual podemos suponer

³³ *[ibid.]*, pp. 52-53.

que la incidencia de la huelga general de 1902 fue considerable ³⁴.

En efecto, Emilio Vandervelde, destacado dirigente socialista, escribía que

la huelga para el sufragio universal que se termina en el momento en que escribimos estas líneas es, desde el punto de vista de los participantes, la más formidable que se ha conocido en Bélgica. Durante una semana más de trescientos mil hombres han abandonado el trabajo por motivos puramente políticos... ³⁵.

Sin embargo, el resultado de la huelga se saldó con un fracaso.

Años después de la revisión electoral de 1893, los liberales y el joven partido demócrata-cristiano se incorporaron progresivamente a la lucha por el sufragio universal puro y simple (un hombre, un voto) y se organizaron diversas manifestaciones en Amberes, Gante, Lieja y Bruselas. Ante la actitud del partido clerical, que no estaba dispuesto a ceder, los parlamentarios socialistas intentaron llegar a un acuerdo con los liberales renunciando al sufragio femenino; pero el partido se vio de nuevo impulsado y desbordado por un obrerismo combativo, sobre todo en Valonia, y que incluso había generado diversos actos de terrorismo. A pesar de la oposición de los liberales, a primeros de abril de 1902 y con ocasión del debate sobre la reforma electoral en el Parlamento, el partido invitaba a los trabajadores a la huelga general para el día 14. Sin embargo, dos días antes en Bruselas un pequeño altercado se había cobrado dos muertos y varios heridos y durante este día y el siguiente se extendió la huelga en la zona de Verviers, en el *Centro* (la zona minera entre Borinage y Charleroi) y la región de Lieja con la incorporación de reivindicaciones económicas -particularmente incrementos salariales- a la exigencia del sufragio universal. Ante el inicio de la huelga, la dirección del partido se vio impulsada a aceptar la realidad y se puso a la cabeza del movimiento mediante la consigna de *la huelga general hasta la victoria*. Ello le permitió poder dirigir, encauzar y parar la huelga una semana después.

El 14 de abril se leía en *Le Peuple*, de Bruselas, órgano central de los socialistas, lo siguiente:

³⁴ COOK, C., y PAXTON, J.: *European Political Facts*, 1848-1918, pp. 316-325. Londres, 1978.

³⁵ VANDERVELDE, E.: "La huelga general en Bélgica", en la obra del mismo autor *El socialismo agrícola*. Traducción del Centro Editorial Presa, p. 14. Barcelona, S. A.

Se dice que el gobierno está decidido a mantenerse hasta el fin. Y por eso la huelga general acaba de ser proclamada en todo el país, no por los órganos políticos del partido, sino por sus órganos económicos; no por sus diputados, sino por sus delegados sindicales. Es el mismo proletariado organizado que, no viendo otros medios para vencer, acaba de decidir solemnemente interrumpir el trabajo en todas partes ³⁶.

La huelga general tuvo una gran incidencia en todo el país y fue seguida masivamente en las cuencas mineras y metalúrgicas de Valonia, movilizando a más de trescientos mil trabajadores y con un elevado número de muertos y heridos en el barrio de las MaroUes de Bruselas, en Houdeng y en Lovaina, donde el día 18 se contabilizaron seis obreros muertos por los gendarmes. El mismo día, el Parlamento se negó a revisar la Constitución y el partido socialista decidía proseguir con la huelga y en contacto con los liberales que esperaban la intervención del rey para disolver las Cámaras y convocar nuevas elecciones. Sin embargo, al no darse tampoco esta posibilidad, el domingo, día 20, mientras *Le Peuple* aseguraba que “continuar la huelga general es salvar el sufragio universal” ³⁷, el Consejo general del partido reunido en Bruselas decidía suspender el movimiento con el asentimiento mayoritario de las delegaciones flamencas y la oposición del Borinage.

Vandervelde afirma poco después de la huelga que en la medida que ésta avanzaba y la represión militar crecía, se planteaba que

para hacer movimientos insurreccionales es muy pronto o muy tarde. Muy pronto, porque a pesar de los incontrolables y significativos progresos de la propaganda socialista en el ejército, no tenemos todavía el derecho de contar con la tropa, que vacilaría tal vez a obedecer; pero que vacilaría más probablemente a rehusar de obedecer.

Muy tarde, porque ya no estamos en los tiempos en que como en 1830 y 1840 los insurrectos no se encontraban frente a frente de soldados apenas mejor armados, en condiciones de inferioridad absoluta. Actualmente, al contrario, la desproporción de las fuerzas es manifiesta, y mientras que los que disponen del poder no retroceden ante la responsabilidad moral de un asesinato, el triunfo de los movimientos de la calle se hace radicalmente imposible.

³⁶ LEFRANC, G.: *op. cit.*, p. 55. LUXEMBURG, R.: “La causa de la derrota”, en PARVUS; FRÖLICH, P.; VANDERVELDE, E.; MEHRING, F.; LUXEMBURG, R., y KAUTSKY, K.: *Debate sobre la huelga de masas*, primera parte, pp. 85-86. Córdoba (Argentina), 1975.

³⁷ LUXEMBURG, R.: *op. cit.*, p. 86.

Por ello, sigue Vandervelde, ante la imposibilidad de un golpe de fuerza el partido había proclamado la huelga general, por ser una acción *útil y de no menor fuerza*³⁸.

La huelga general de 1902 suscitó un vivo debate en el socialismo internacional, en el que intervinieron fundamentalmente Rosa Luxemburg, Franz Mehring y Emilio Vandervelde, y el periódico de la socialdemocracia alemana *Die Neue Zeit*, dirigido por Karl Kautsky, se convirtió en el medio idóneo para la exposición de la controversia. El eje de la misma fue la actitud del partido obrero con respecto a los liberales.

A pesar del fracaso de la huelga de 1902 Bélgica vio todavía una tercera huelga general de nueve días en abril de 1913, preparada por una campaña de nueve meses, y que obtuvo la promesa del gobierno de revisar la Constitución con la introducción del sufragio universal. El 4 de agosto se iniciaba la invasión alemana y por fin, después de la guerra mundial, el 6 de mayo de 1919 se establecía el sufragio universal.

2.2. *La huelga general en Austria*

Después de las revoluciones de 1848 y el período de represión posterior, el régimen neoabsolutista, basado en el ejército, la policía, la administración y la Iglesia católica y, a partir de la muerte del príncipe Schwarzenberg (1852), dirigido de hecho por el ex revolucionario Alexandre Bach, obtuvo resultados importantes en el desarrollo económico. Estos resultados se vieron favorecidos debido a la abolición del trabajo obligatorio y gratuito y a la eliminación de restos de cargas feudales durante la Revolución. La agricultura hizo progresos extraordinarios en base a las grandes propiedades de la llanura húngara y de Bohemia; la industria prosperó y se contruyeron las principales líneas ferroviarias.

Sin embargo, el desequilibrio debido a las dificultades de ordenar un Estado multinacional continuaba siendo uno de los problemas más graves del Imperio. Los húngaros habían sido vencidos por una entente de los ejércitos austriacos y rusos, después de más de un año de revolución y guerra reprimidos política y socialmente después. Pero el problema no se había resuelto. El nacionalismo checo, recuperado del bombardeo de Praga de 1848, crecía con fuerza. Croatas, eslovacos y rumanos mantenían su contencioso con Austria y con

³⁸ VANDERVELDE, E.: *op. cit.*, p. 24.

Hungría en particular. Los italianos de la Lombardía y el Veneto se orientaban hacia el proceso de unificación encabezado por los piemonteses.

La derrota de Solferino frente a los italianos (1859) precipitó la caída del régimen neoabsolutista; y la de Sadowa frente a los prusianos (1866) aceleró la necesidad de buscar un acuerdo institucional entre Austria y Hungría. Austria dejaba de ser una potencia alemana e italiana después de los tratados de Praga y de Viena (1866) con los prusianos y los italianos, respectivamente. Con la liquidación de la Confederación Germánica, los alemanes austriacos perdían su situación de privilegio político dentro del propio Imperio austriaco. Las relaciones entre las dos partes del mismo (Austria-Hungría) exigían una reconsideración, más cuando, desplazados de poder y reconocimiento en los territorios alemanes del centro de Europa, toda posibilidad de extensión territorial y de recuperación del prestigio sólo podía dirigirse hacia el Este y el Sur, hacia los territorios turcos y balcánicos, y ello sólo podía realizarse a través de Hungría.

Fruto de todo ello fue el Compromiso de 1867 y la instauración de una Monarquía dual. Acuerdos por los cuales bajo la misma monarquía de los Habsburgo convivían dos Estados autónomos con su propia constitución y sus propias instituciones legislativas, ejecutivas y judiciales; sus propias finanzas y fuerzas armadas. Los únicos asuntos comunes entre los dos Estados eran los de asuntos exteriores; los relacionados con la unidad de mando de las cuestiones militares, que correspondía al monarca, y la administración de las finanzas para las necesidades comunes.

La nobleza húngara recuperaba su poder político y el Estado húngaro recuperaba las regiones de Transilvania, Croacia y Eslovenia, todo ello perdido después de la revolución y guerra de independencia de 1848-49. El ministerio Andrassy modernizaba la administración y establecía un acuerdo con atribuciones menores con los croatas (1868).

El Compromiso austrohúngaro de 1867 introducía una cierta armonía en un conflicto nacional histórico. Sin embargo, reaparecía en Austria la protesta de otros pueblos, como la de los croatas e italianos de la Dalmacia, la de los eslovenos, la de los polacos, pero sobre todo la de los checos.

En Bohemia y Moravia durante la segunda mitad del siglo XIX las industrias mineras, mecánicas, siderúrgicas, químicas y de la construcción desplazan la tradicional industria textil. Sumergidas en un desarrollo capitalista, donde progresan la banca y las sociedades por acciones, participan de la crisis de 1873, que afecta de forma impor-

tante a la industria de transformación agrícola, que recibe la competencia de las exportaciones norteamericanas y rusas, obligándola a una reconversión capitalista.

Moravia y Bohemia, en particular, se convierten en territorios industrializados y capitalistas con un destacado renacimiento cultural. La burguesía empieza a exigir una cuota de poder político a partir de la ocupación de parte de Bohemia (Praga incluida) por los prusianos (1866) y la simpatía de los sectores nacionalistas radicales con las promesas autonomistas de Prusia. Sin embargo, la fidelidad de la mayoría de los sectores de la burguesía checa al Imperio no se vio recompensada posteriormente y se queja de la marginación que significa, indirectamente, el establecimiento del compromiso austrohúngaro. Por esta razón adoptaron una oposición pasiva y buscaron, primero, el halo protector del hermano mayor eslavo, Rusia; y después, el de Francia, manifestando su actitud francófila; sobre todo durante la guerra franco-prusiana (1871), y encabezados por dirigentes históricos como Palacky y Rieger.

A partir de la segunda mitad de la década de 1870, con el surgimiento de los *Jóvenes checos* y la muerte de Palacky, se inicia una ofensiva nacionalista checa para constituir un Estado soberano a partir de los derechos lingüísticos. En el marco de las libertades que ofrece la Constitución austríaca, surgida del Compromiso de 1867, emergerán diversos partidos políticos checos, y entre ellos el Partido socialdemócrata.

Las primeras manifestaciones políticas del movimiento obrero se hallan en Praga y, sobre todo, en Viena, durante las revoluciones de 1848. Posteriormente, bajo la influencia del marxismo y el patronazgo de la socialdemocracia alemana (no olvidemos que Kautsky había nacido en Praga), surge la primera organización socialdemócrata en 1867-68, bajo la influencia de los presupuestos lassellianos y con un programa que reivindica el derecho de asociación, la libertad de prensa y exige ya la aplicación del sufragio universal directo.

Después de la participación de una delegación austríaca en el congreso alemán de Eisenach (1869) y en el marco de unas leyes de represión similares a las de Bismarck en Alemania, el movimiento socialista se divide, por primera y última vez, entre los grupos partidarios del reformismo electoral y social y los influidos por el marxismo que, bajo la influencia del socialismo alemán, tendrán como objetivo político la consecución del sufragio universal.

Sin embargo, como he indicado, el socialismo austriaco se desarrolla en el marco multinacional del Imperio y ello añadía una considerable complejidad a la necesidad de organizar y mantener una ac-

tuación unitaria. Si bien no tenían necesidad de mantener una organización común con los húngaros, los croatas, los serbios, los rumanos, los eslovacos y las otras minorías del reino de Hungría, debido a la estructura de la Monarquía dual, Austria propiamente dicha (la Cisleithania) ya gozaba de una compleja diversidad nacional con un 60 por 100 de población eslava en 1880 (polacos, eslovenos, checos, rutenos), además de italianos y otras minorías. De todas formas, la mayor complejidad se daba en las relaciones entre alemanes y checos y de ambos con los polacos.

Los polacos se hallaban divididos en tres Estados y junto a la necesidad de unión con los obreros de otras nacionalidades en el seno de cada uno de los tres Estados, surgía el sentimiento de unidad polaca para la recuperación de un Estado propio. Los polacos de Galitzia tenían un territorio definido, a pesar de las comunidades alemanas y checas, y eran conscientes de que la autonomía de que disponían en Austria no la gozaban sus correligionarios en Rusia y en Alemania. Los problemas fundamentales los tenían con los campesinos rutenos, a quienes, por otra parte, ni alemanes ni checos estaban dispuestos a apoyar, y entre sí mismos.

Las dificultades mayores surgieron entre alemanes y checos porque, además del renacimiento nacionalista político y cultural checo, configuraban la minoría eslava más fuerte, con un 23,8 por 100 de la población de Austria en 1880, y en muchos territorios y ciudades convivían alemanes y checos. En Bohemia y Moravia eran numerosos los distritos alemanes y, además, ejercían un dominio político y económico notable. En la misma Praga la comunidad alemana era tan importante como la checa. Por otra parte, en Viena y diversas ciudades alemanas existían fuertes contingentes de obreros checos.

En la medida en que entre las clases dominantes se mezclaban nobles alemanes y checos, la organización de un frente común entre los obreros alemanes y checos fue tarea relativamente fácil para el movimiento socialista. Sin embargo, cuando surgió un amplio movimiento nacionalista checo dirigido por sectores intelectuales, de la pequeña burguesía y de las clases medias, *los Jóvenes checos*, hostiles a las clases dominantes y a un nacionalismo aristocrático, se produjo una mayor complejidad en la organización socialista austriaca.

Los primeros contactos del movimiento socialista austriaco con los países checos se establecía en 1869, las primeras organizaciones surgían en Brno y Liberec y se organizaban unas primeras acciones huelguísticas de importancia que dejaron el rastro de una decena de muertos. Las leyes de represión contra el socialismo, desde sus inicios, pero con especial dureza desde 1884 hasta 1891; la poca sen-

sibilidad inicial de los socialistas austríaco-alemanes y el fuerte desarrollo industrial en los territorios checos desplazaron la dirección del socialismo austríaco hacia los distritos alemanes del norte de Bohemia y facilitaron la creación, en Praga-Brevnov, del Partido socialdemócrata checo (1878), que, bajo la dirección de I. B. Pecka y L. Zápotocky, preconizó su relación con el Partido socialista austriaco, pero manteniendo su especificidad checa y afirmando el derecho de las naciones a su autodeterminación.

De nuevo por razones de seguridad la dirección de la socialdemocracia austríaca se trasladó en 1880 a Graz y hasta 1888 -con el apoyo y la intervención directa de socialistas alemanes como August Bebel y Kautsky- se verá sometida a enfrentamientos con los sectores anarquistas y su inclinación a la propaganda por el hecho y a los atentados terroristas comunes, por otra parte, en aquellos años en diversos países europeos. La propia emperatriz Elisabeth fue asesinada en Ginebra, en 1898, por un anarquista italiano.

El congreso de Hainfeld (en Hungría), celebrado los últimos días del año 1888, significó un revulsivo importante en la vida de la socialdemocracia austriaca. A partir de entonces, y de forma progresiva, se iba a convertir en un partido poderoso hasta llegar al poder después de la primera guerra mundial. El principal artífice de este empuje fue Victor Adler, nacido en Praga (1852), en el seno de una rica familia de comerciantes judíos, médico psiquiatra, condiscípulo de Freud y procedente de las filas liberales después de haber abrazado el nacionalismo germano y las ideas de Wagner³⁹.

Victor Adler comprendió, mejor que el también checo Kautsky, la necesidad de que el socialismo austriaco debía ser sensible a las diferencias nacionales, supo explicárselo a los alemanes y, al mismo tiempo, convenció a los socialistas checos de que debían separarse del nacionalismo pequeñoburgués de los *Jóvenes checos*.

A partir de 1889, el Partido socialdemócrata austriaco dio un gran salto apoyado por un amplio aparato periodístico. Su órgano de expresión, *Arbeiter Zeitung*, de gran calidad intelectual, tiraba 9.000 ejemplares en su primer año (1890), y diez años después, convertido en diario, 24.000 ejemplares y 54.000 en 1910⁴⁰. Además, editaba seis periódicos en alemán, cinco en checo, dos en polaco, uno en esloveno y otro en italiano.

³⁹ SCHORSKE, C. E.: *Viena Fin-de-Siecle. Política y cultura*, pp. 136, 143 y 206-208. Barcelona, 1981. Según este autor Viktor Adler era envidiado por Freud porque evidenció la posibilidad de ser médico judío y político, esta última una de las frustraciones de Freud.

⁴⁰ POLLAK, M.: *Vienne 1900*, p. 73. París, 1984.

Los dos objetivos fundamentales de Victor Adler y del partido fueron crear y mantener la unidad del socialismo a partir de la diferenciación nacional, impulsado por la actitud de los socialistas checos, y el sufragio universal. El propio Partido socialdemócrata checo se había adherido a la Segunda Internacional en el congreso de París de 1889.

Respecto a la cuestión nacional, se llegó a un acuerdo que, a partir de 1897, significará la existencia de una federación de seis organizaciones autónomas (alemana, checa, polaca, sudeslava, rutena e italiana), con un comité director común y la actuación unitaria de los parlamentarios.

Sin embargo, los conflictos nacionales y su correspondencia organizativa en el seno del partido eran permanentes. Entre ellos, los surgidos a partir de las leyes lingüísticas del gobierno austríaco de Badeni respecto a los checos y las discusiones en el seno de los socialistas polacos sobre la posibilidad de un estado polaco (debate Daszynski-Rosa Luxemburg). Todo ello desembocó en el congreso de Brün (1899) en el cual se llegó al acuerdo de mantener el Estado existente, si más no, como la mejor unidad económica común.

La lucha por el sufragio universal fue el aglutinante del movimiento socialista. Alemanes y checos combatieron juntos. Estos últimos habían demostrado una fuerte combatividad de índole reivindicativa como la expresada durante 1889-1890 con un gran movimiento huelguístico en las zonas industriales que movilizó a más de 70.000 obreros. Los enfrentamientos con la policía también fueron duros, y en la primera celebración del 1 de mayo, en 1890, llegaron a movilizar más de 130.000 personas. En este mismo año, a partir de las huelgas de Ostrava (Moravia) solicitando la jornada de ocho horas y la posterior solidaridad de los obreros de Bohemia bajo la dirección de la socialdemocracia, el gobierno no se atrevió a enviar a la policía ni al ejército ⁴¹.

En Austria la gran fuerza del partido se sustentaba en su estrecha relación con los sindicatos, que, progresivamente, crecieron de forma extraordinaria. De unos 47.000 afiliados en 1892 pasaron a 135.000 en 1902 y a 323.000 tres años más tarde, con dos núcleos básicos: Viena y Bohemia. El partido organizaba la formación política de los cuadros sindicales. No todos los afiliados al sindicato lo eran del partido, pero la organización del partido y del sindicato eran

⁴¹ MACEK, I., y MANDROUJ, R.: *Histoire de la Bohême des origines à 1918*, pp. 329-333. París, 1984.

idénticas, y durante estas décadas, llevaron a cabo una dura lucha reivindicativa ⁴².

La presión de la lucha sindical checa y austríaca logró arrancar del gobierno una serie de medidas de política social. El gabinete Taaffe (1879-1894) siguió una política parecida a la de Bismark, pero con más atención a la protección de los trabajadores que a los seguros sociales. El propio Victor Adler reconoció en el congreso socialista internacional de Bruselas (1891) que Austria poseía, con Suiza y Gran Bretaña, la mejor legislación de protección a los trabajadores en aquellos tiempos.

Sin embargo, como he mencionado, la lucha que consiguió mantener unido al socialismo austríaco y checo fue la sostenida, sobre todo, a partir de 1889 para conseguir el sufragio universal, y para ello la socialdemocracia estaba dispuesta a utilizar la huelga general. Esta unidad no hubiera sido completa si, al mismo tiempo, a diferencia del caso alemán, el Partido socialdemócrata austríaco no hubiera mantenido en estos años muy buenas relaciones con los sindicatos. Precisamente los momentos en que se manifestó con mayor fuerza esta cooperación entre partido y sindicato fueron los de la huelga general de 1896, que forzó una reforma electoral, y la huelga general de veinticuatro horas de 1905.

La ausencia en el partido austríaco de un sector radical de la potencia del que disponía el alemán, la predisposición, desde los primeros tiempos, de los sindicatos en participar en la actividad política del partido y la gran fuerza política e intelectual de Victor Adler, posteriormente, posibilitaron que la huelga general adquiriese el carácter, sobre todo, de un instrumento intimidatorio.

Rudolf Hilferding, después de rechazar lo que él llamaba "quimera propuesta por la fraseología latino-revolucionaria" para referirse a la huelga general anarquista, afirmaba que "detrás del sufragio universal es necesario que se haga sentir la voluntad de organizar la huelga general". Para Hilferding, "la huelga general debía convertirse en la idea reguladora de la táctica socialista". Reguladora en el sentido de que cada obrero debía ser consciente para defender y proteger su libertad política; reguladora en la medida en que la huelga general no debía sustituir al parlamentarismo y a otras acciones o tácticas utilizadas, sino que su meta había de ser el que pudieran seguirse practicando estas acciones y tácticas, frente a posibles ataques u oposición al uso de las libertades políticas ⁴³.

⁴² MACARTNEY, C. A.: *L'impero degliAsburgo, 1790-1918*. 3.ª ed., p. 761. Milán, 1981.

⁴³ LAGARDELLE, II.: *op. cit.*, pp. 155-166.

Este planteamiento de la huelga general se observa claramente en la limitación de la huelga general de 1905 a un solo día y como culminación de un conjunto de reuniones, acciones y manifestaciones. De hecho, la propia huelga general se convirtió en una importante manifestación realizada en Viena y otras ciudades en un día laborable. Cuando al año siguiente, 1906, se lanzó la amenaza de una nueva huelga general, el gobierno de Von Beck abandonó el sistema de elección por clases, presentó y logró aprobar en las dos cámaras una ley de sufragio universal y directo para todos los ciudadanos varones mayores de veinticuatro años, que fue sancionada por el emperador en enero de 1907.

A pesar de que la ley no satisfacía plenamente a los socialistas, que pedían también el voto para la mujer y un mínimo de edad más bajo, significó un triunfo de la socialdemocracia que se plasmó con un gran éxito electoral en mayo de 1907.

A partir de todo lo expuesto, pienso que podemos concluir que la socialdemocracia europea fue tomando en la práctica política y de forma progresiva el camino de las reformas, pero en estos años todavía estaba dispuesta a usar, y usó, medidas revolucionarias. Medidas que años después fueron abandonadas.

1871	.
1877	.
1884	.
1892	.
1893	.
1894	.
1898	.
1900	.
1906	.
1907	.
1910	.
1911	.
1912	.

¹ No incluye al Partido Radical Socialista.

² No incluye el Partido Radical Socialista, ni a los Socialistas Independientes.

AFILIADOS A SINDICATOS

	ALEMANIA		BELGICA		FRANCIA
	Socialistas	Cristianos	FGTB	CSC	CGT
1904.....	1.052.000		31.000	14.000	150.000
1910	2.017.000	316.000	68.000	49.000	357.000
1914	2.075.000	218.000	129.000	123.000	400.000

Fuente: C. Cnnk & J. Paxtnn, op. cit., p. 323.